



4º DOMINGO: ¡PROCLAMA!

Monición de entrada: Estamos en vísperas de Navidad. Faltan ya pocos días para recordar y celebrar el Nacimiento de Jesús. El evangelio de hoy nos propone a María como ejemplo de fe y de confianza en Dios. “Dichosa Tú, María, porque has creído. Se cumplirá lo que el Señor te ha prometido”. María, la que siempre creyó y esperó en Dios, nos anima a que también nosotros creamos y esperemos en Él. En este cuarto domingo de Adviento encendemos la cuarta vela de la Corona de Adviento, que nos recuerda que éste es el último domingo de preparación a la Navidad.

(Se enciende la cuarta vela de la Corona...)

Cuarta vela

Con esta cuarta vela queremos mostrar nuestra admiración ante esta luz tan potente.

Para asombrarnos, de que Dios, al contrario que el mundo, enaltece al pobre y al humilde.

Maravillarnos de que Dios no es el Rey de la fuerza y el poder, sino de la paz y el amor.

Y admirarnos de cómo Dios va siempre al corazón.

Para poder decir, como María: Aquí estamos, Señor, que sea todo como Tú quieras.

Acto penitencial

Señor, te pedimos signos grandes, presencias llamativas y no somos capaces de descubrir que nos visitas en la sencillez de los otros, en la palabra amiga del que marcha a nuestro lado calentando con compañía la soledad de nuestro corazón, llenando el vacío de nuestra existencia.

Señor, perdona nuestra ceguera, nuestra incapacidad de verte en los hombres y mujeres que nos rodean y ponen un poco de alegría en nuestra vida.

– Señor, ten piedad... – Cristo, ten piedad... – Señor, ten piedad...

Monición a las lecturas

Hemos llegado a la gran protagonista del Adviento, a la precursora de tantos advientos vividos en el corazón de cada persona. Ella es María. María no se guarda la dicha para sí misma, sale a ofrecer a la humanidad al “Dios hecho hombre”. A María se le ha preguntado si quiere ser portadora de Dios en medio de un mundo duro y difícil y ella, sin cuestionar, sin pedir seguridades, sin hechos que lo justifiquen..., se abre a la novedad de Dios.

Ahí la tenemos, en camino, cruzando las montañas para ayudar a quien la necesita.

Unámonos a su prima Isabel para decirle: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”.

Oraciones de los fieles:

Oremos juntos al señor Jesús para que venga a nuestro mundo, que tanto lo necesita.

– Pidamos al Señor que venga a su Iglesia: que la renueve para que sea sencilla, pobre, solidaria. Roguemos al Señor...

– Pidamos al Señor que venga al mundo: para que Él, que es la paz, reine en los corazones de los hombres. Roguemos al Señor...

– Pidamos al Señor que venga al lado de los más pobres: para que Él, pobre entre los pobres, sea su consuelo. Roguemos al Señor...

– Pidamos al Señor que venga a cada uno de nosotros y a nuestra comunidad parroquial: para que nos anime y nos ayude a vivir el Evangelio. Roguemos al Señor...

Oremos: Señor Jesucristo, escucha las súplicas de los que esperamos tu venida y haznos dignos de recibirte.

Ofertorio: *(Se sigue haciendo alguna ofrenda para que la cuna esté adornada...)*

Monición:

Miramos la cuna y la encontramos ya más preparada. También nosotros, Señor, hemos avanzado un poco más esta semana, en nuestra preparación a tu venida. Nuestro corazón late a otro ritmo, porque vemos más cerca nuestra salvación.

Oración

Dame la sencillez de María, Señor

Tú que conoces mi pequeñez y mis dudas,

tú que sabes de mi fragilidad e incoherencia,

tú que controlas mis idas y venidas,

sabes que quiero vivir contigo y para ti, Señor.

Yo quiero saber decirte un sí como el de María,

esa mujer sencilla, que no necesitó hacerse la humilde,

que te dejó hacer en ella tu milagro

y que reconoció todas tus maravillas.

Ella, tu madre, con su vida hablaba de tu Amor,

con su disponibilidad contagiaba abandono,

con su dejarte hacer, nos enseñaba a fiarnos,

y al reconocer tus maravillas demostraba sencillez.

Tu madre, Jesús, que al hacerse esclava, se hizo grande,

al fiarse de Dios nos salvó a todos,

al dejarse habitar alumbró el mundo,

y al llenarse de alegría el corazón nos enseñó a creer.

María, Madre de Dios, abraza a todas las madres,

a las que no consiguen serlo y a las que lo interrumpen,

a las que viven con dolor su maternidad,

a las que no saben disfrutarla

y a las que ven morir a sus hijos de hambre.

Cuida de las familias, María, madre nuestra,

acompaña a hombres y mujeres en este caminar,

sana a los separados y mal amados,

educa con nosotros a los niños malcriados

y ayúdanos a todos a vivir mejor.